



El juego de las sillas 1824-2012 (7)

Por Carlos Ramírez

1 994: las elecciones de 1994 tocaron la orilla de la ruptura institucional. Salinas tensó la cuerda social con su programa neoliberal, un poco tranquilo porque en la jefatura del DDF Manuel Camacho Solís atemperaba los ánimos por canales con el centro-izquierda. El PRD no pudo consolidarse como un partido real y quedó atrapado en los compromisos de las corrientes dominantes, muy bien calificadas de tribus. Con el compromiso de darle continuidad al propio Salinas, a su proyecto y a su equipo, el manejo de la sucesión se le enredó a Salinas no tanto por la rebeldía de Camacho –controlable– sino por la intervención en el proceso del superasesor franco-mexicano Joseph-Marie Córdoba Montoya; desde mediados del sexenio salinista, en 1991, Córdoba trató de colocar en el espacio presidencial a su válido Ernesto Zedillo Ponce de León, en el nivel de segundo piso del salinismo. Salinas perfiló seis candidatos –Aspe, Camacho, Colosio, Gamboa, Lozoya y Zedillo– que en realidad fueron tres –Aspe, Camacho y Colosio– que en los hechos se reducían a dos –Camacho y Colosio– pero con el ánimo de dejar a Colosio. El proceso se le escapó de control a Salinas por un escenario de colapso político y social: asesinato del cardenal Posadas en mayo de 1993, asesinato e incineración de soldados por guerrilleros zapatistas en Chiapas, alzamiento zapatista en enero, guerra de guerrillas con disparos, muerto y heridos, negociación de la paz con Camacho, secuestro del banquero Alfredo Harp y el asesinato de

Colosio en marzo. La carta de relevo era Camacho, pero su oposición a Colosio lo dejó fuera; entonces entró Córdoba para empujar a Zedillo. Así, el asesor presidencial puso presidente porque el presidente no pudo poner a Colosio. Salinas sacó la victoria electoral del PRI por el voto del miedo y el mensaje de campaña del PRI –“yo voto por la paz”–. El asesinato de Colosio manchó la presidencia de Zedillo, pero en febrero mandó arrestar a Raúl Salinas de Gortari para mandar el mensaje de no complicidad y el expresidente salió exiliado durante diez años. Zedillo le dio continuidad al equipo y al proyecto salinistas, pero no al expresidente.

2000: Zedillo gobernó con el poder económico, sin preocuparse por el político. En su campaña había prometido una “sana distancia” del PRI que no cumplió en los hechos, aunque lo vendió publicitariamente. De todos modos, Zedillo no tomó el control del PRI, salvo para usarlo en la negociación del drástico programa anticrisis que llevó las tasas de interés bancarias a niveles arriba del 100% provocando la pérdida de activos en la sociedad y salvando a los bancos con fondos presupuestales. Para aprobar el programa anticrisis cedió espacios políticos: la ciudadanización del IFE, la elección de jefe de gobierno del DF y el aumento en plurinominales en el Senado. En 1997 el PRI perdió la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y el PRD se quedó con la jefatura de gobierno del DF. En lo procedimental, Zedillo había pensado en Ortiz Martínez y Gurria Treviño como sus precandidatos a la presidencia, pero la XVII asamblea nacional el PRI puso un candado insalvable: un puesto

de elección popular para los aspirantes. De todos modos, Zedillo abrió la elección de candidato con votaciones entre priistas porque quería frenar al populista Bartlett y al tabasqueño Roberto Madrazo Pintado y no le quedó otra carta que el débil Francisco Labastida Ochoa, exgobernador sinaloense pero convencido del modelo neoliberal. Labastida jugó a la antigüita, se quejó que Zedillo no le daba recursos y se rodeó de un equipo mediocre; el día de las elecciones, cuando las encuestas de salida daban la victoria a Vicente Fox, Labastida dijo estar esperanzado “en el voto verde”, es decir, el fraude electoral en el campo; sin embargo, los campesinos votaron PAN. Desarticulado por la candidatura no priista de Zedillo, el PRI entregó el poder.

2006: Sin tener mayoría en el Congreso, Fox pactó con el PRI reformas estructurales funcionales al neoliberalismo salinista y el gabinete económico también se ajustó al modelo priista. Al finalizar su sexenio, Fox operó el modelo priista para designar a su sucesor, el secretario de Gobernación, Santiago Creel Miranda; sin embargo, Fox no pudo construir un modelo de poder tipo PRI. Y el PAN sometió la candidatura a votación entre militantes panistas y ahí ganó Calderón. En el PRI Roberto Madrazo se hizo de la presidencia del partido para imponer su candidatura, pero enfrentó grupos poderosos en contra. El saldo electoral fue contundente: Madrazo quedó en tercer lugar con apenas el 25% de los votos y Calderón apenas pudo lograr medio punto porcentual arriba de López Obrador. A pesar de movilizaciones callejeras y un plantón a lo largo de Reforma que fue repudiado por intelectuales lopezobradoristas, el tabasqueño no pudo sino darle la vuelta a la derrota, erigirse en “presidente legítimo”, organizar una “toma de posesión” en el zócalo el 20 de noviembre, ponerse una banda presidencial, sentarse en su propia silla del águila y nombrar a su gabinete y jurar como presidente. Durante meses sus colaboradores fueron obligados a dirigirse a él como “señor presidente”.



PERIÓDICO

PÁGINA

FECHA

SECCIÓN

INDEPENDIENTE

8

18/05/2023

COLUMNAS
Y
ARTÍCULOS

